



REFLEXIÓN  
TEOLÓGICA



# La noche de **JESUS Y NUESTRAS** noches. | Hna. Verónica De Sousa Rodríguez, fsp



@conver\_medios



conver.org

## **La noche de Jesús y nuestras noches**

Estamos entrando en la Semana Mayor, la Semana Santa. Y la liturgia nos va sumergiendo, poco a poco, en la larga noche que precede a la resurrección a través de los diversos relatos que ofrece.

Particularmente, el martes encontramos cómo Judas concreta la traición que había decidido en su corazón, el mismo día que María unge al Señor. Dice Juan 13, 30: “Judas tomó el bocado de pan y salió inmediatamente. Era de noche”.

Este detalle, «era de noche», no es casual ni simple lógica de una cena. La aclaración del evangelista nos habla de esta inmersión en la oscuridad de la noche. Podemos decir: noche ambiental y noche en el alma de todos, incluso del Maestro. Es el tiempo de la suprema angustia.

En los salmos, la oscuridad de la noche es cómplice del peligro, porque es el momento en el que el enemigo urde los hilos de la venganza hacia nosotros; las tinieblas, además, expresan el momento de la desesperación, de la confusión, del desorden moral e intelectual. La oscuridad de la noche es como un callejón sin salida; si Dios no interviene, conduce a la fatalidad. Vista así, comprendemos que la noche sea el “color” de los «discursos de despedida».

Aún en su noche, Jesús no pierde sea común unión con el Padre. No se repliega sobre su dolor o sobre sus dudas. Sale de sí mismo, como ofrenda. La noche es espacio para la Gloria del Padre, una teofanía que revela al hombre su amor extremo.

La experiencia que está ante la comunidad es la de la separación, la muerte, la partida de Jesús que dará lugar a una sensación de vacío, una soledad tan pesada que puede ser vivida como “orfandad” (cf. Jn 14,18).

Hay otro matiz a considerar: si está tan próxima la separación, la muerte, no te vas a perder en grandes palabras ni en frases rebuscadas. Vas a lo esencial. Y esas palabras transmitidas en un momento tan trágico y solemne como lo es la muerte se convierten en un patrimonio intangible y en un legado que hay que honrar y custodiar fielmente. Jesús no es la excepción. Sus palabras son esenciales en este día y nos dan, además, una clave de lectura/interpretación. El evangelista relata:

<sup>31</sup>Apenas salió Judas, dice Jesús: «Ahora fue glorificado el Hijo del hombre y Dios fue glorificado en él. <sup>32</sup>Si Dios fue glorificado en él, también Dios lo glorificará en sí mismo. Y pronto lo glorificará. <sup>33</sup>Hijitos: yo estoy con ustedes todavía un poco de tiempo. Ustedes me buscarán y, como lo dije a los judíos, ahora lo digo a ustedes: a donde yo voy ustedes no pueden ir. <sup>34</sup>Les doy un mandamiento nuevo: ámense los unos a los otros. Como yo los amé, así también ámense los unos a los otros. <sup>35</sup>Por el amor que se tengan los unos a los otros, todos reconocerán que son discípulos míos.

Es como si dijera: mi forma de estar entre ustedes –todos reconocerán que son mis discípulos– es a través del amor entre ustedes.

Este “Ahora” es, en español, la contracción latina de la expresión *hac hora* (en esta hora). ¿De qué «hora» se trata? Los ojos del Maestro están colocados ya en la cruz, que coincide con la glorificación. Y glorificación, en Juan, coincide con la manifestación o revelación. Por consiguiente, la cruz de Jesús es la «hora» de la máxima manifestación de la verdad. Y en ello no hay nada que tan siquiera pueda sugerir honor, triunfalismo o éxito. Vemos que, por un lado, Judas sale de noche y, por la otra, Jesús se prepara a la gloria: «Apenas salió Judas, dice Jesús: “Ahora fue glorificado el Hijo del

hombre y Dios fue glorificado en él. Si Dios fue glorificado en él, también Dios lo glorificará en sí mismo. Y pronto lo glorificará» (v.31-32). Esta actitud de Jesús no es fatalista. Le urge decir algunas cosas que no puede callar, pero no se “echa a morir” anticipadamente. Aún más, es capaz de descubrir en los acontecimientos la mano de Dios. La traición de Judas madura en Jesús la convicción de que su muerte es “gloria”. La hora de la muerte en cruz forma parte del plan de Dios. Es la “hora” en la que resplandecerá la gloria del Padre sobre el mundo, a través de la gloria es decir, a través de la cruz de Jesús. Su muerte Jesús termina revelando a Dios, es decir, es una teofanía: en Jesús, que ofrece la vida al Padre, Dios se glorifica revelando su ser divino y acogiendo en su comunión a todos los hombres.

¿Solo el simple hecho de morir es gloria? No. La glorificación del Hijo consiste en su «amor hasta el extremo» por todos, sin exclusión alguna. Al punto que se ofrece hasta a los que le traicionan. La gloria de Jesús es el amor que se hace cargo de todas las situaciones destructoras y dramáticas que impactan la vida y la historia del ser humano. La traición de Judas es el símbolo, no tanto de un individuo, sino de toda la humanidad malvada e infiel a Dios. Justamente esto es lo más desconcertante. Luego de Judas, no existe culpa que no pueda ser rescatada por la muerte del Señor. La única condición es la de siempre: si lo dejamos...

De todas formas, la traición de Judas sigue siendo un evento cargado de misterio. De alguna forma, la traición de Judas, nuestro hermano, nos permite conocer mejor el corazón de Jesús y el corazón del Padre. Gracias a esta traición, podemos asomarnos al misterio del amor del Señor Jesús por los suyos. Don Mazzolari escribe: «Los apóstoles se han convertido en amigos del Señor, buenos o no, generosos o no; fieles o no, quedan siempre amigos. No podemos traicionar la amistad de Cristo:

Cristo no nos traiciona nunca, no traiciona nunca a sus amigos, aunque no lo merezcamos, aun cuando nos rebelamos en contra de Él, aun cuando lo negamos. Ante sus ojos y su corazón nosotros somos siempre los “amigos” del Señor. Judas es un amigo del Señor, aun en el momento en que, besándolo, consume la traición del Maestro» (Discursos 147).

Luego, a partir de aquí, el relato es bien personal. Jesús dice: “Hijitos”. Él quiere comunicar a sus discípulos, con el tono de su voz y con la apertura de su corazón, la inmensa ternura que les tiene. Y sigue: “Como yo los amé, así también ámense los unos a los otros”. El término griego *kathòs* – “como”–, no indica de por sí una comparación: de la misma forma que los amé, imiten mi amor... En realidad, indica una consecuencia. Como si dijera: “Ya que yo los amé, así también ámense los unos a los otros”.

Este mandamiento de Jesús tiene un sentido escatológico: El se está despidiendo, pero por breves instantes; en espera de su definitivo retorno, quiere ser amado y servido en la persona de sus hermanos. El mandamiento nuevo es el único mandamiento. Si falta, todo falta. Escribe Magrassi: “Fuera las etiquetas y las clasificaciones: todo hermano es sacramento de Cristo. Interroguémonos sobre nuestra vida cotidiana: ¿es posible vivir al lado del hermano de la mañana a la noche sin aceptarlo y sin amarlo? La gran operación en este caso es el éxtasis en el sentido etimológico de la palabra: salir de mí para hacerme prójimo de cualquiera que me necesite, empezando por los más cercanos y por las cosas humildes de cada día” (Vivere la chiesa, 113).

Aún en su noche, Jesús no pierde sea común unión con el Padre. No se repliega sobre su dolor o sobre sus dudas. Sale de sí mismo, como ofrenda. La noche es espacio para la Gloria del Padre, una teofanía que revela al hombre su amor extremo.

Meditemos este texto del evangelio desde nuestras noches, marcadas por las resistencias para dejarnos llevar por la Gracia. La resistencia a la Gracia es la experiencia que hace Pedro, que hace Judas y que hace toda la comunidad ante el misterio de la cruz, del amor hasta las últimas consecuencias de Jesús. Ese amor que se nos da como luz de las noches y auxilio en la dificultad.

Santa semana Santa.